

"Mi Libro"

Walter J. Mucher Serra

12 de marzo de 2006

Hace poco estuve en la librería Borders durante una de mis rondas semanales y me aventuré a ver si todavía existían copias de mi libro de cuentos. Claro, no era como que esperara menos, pero sí estaban allí. Me percaté que, contrario a la última vez que los había divisado en la tienda, esta vez estaban en la tablilla donde se colocan los ejemplares de notar y para atraer la atención del público, con la portada mirando hacia el prospectivo consumidor de palabras e ideas. Esto me dio algo de placer ya que todo el mundo que pase por este librero lo verá. La última vez que los divisé tuve que hurgar por los estantes hasta encontrarlos. No que fueran difícil de encontrar, pero no estaban colocados de forma prominente y en aquel momento no sobresalían entre los demás libros. En fin, en aquel momento no llamaban la atención.

Al mirar la tablilla inmediatamente debajo de esta encontré un libro que llevaba meses tratando de localizar. El encontrar este libro me dio un cierto sentido de buena aventuranza. De hecho, me había resignado a tener que solicitarlo a una librería en España ya que aparentaba no estar disponible en las librerías de Puerto Rico o de los Estados Unidos. Pero las coincidencias se daban en este día y, sumido en mi momento de orgullo propio, me encontré con el libro que no creía poder encontrar aunque en la sección de ficción en vez de la de filosofía.

Ante esta suerte me dio con seguir a la tablilla que seguía hacia abajo y me percaté que allí, casi en la misma posición de la tablilla que originó este evento, encontré mi libro de nuevo en igual número de ejemplares que dos tablillas más arriba: siete. Y siete en la tablilla de arriba.

Así que eran catorce ejemplares. Tomé uno y lo miré. Portada. Título y nombre de autor acompañando la imagen fotográfica que ilustra la portada. Contraportada. Descripción liminal de la obra y el autor acompañado con un “auto-retrato” del mismo en la contraportada. Y ojeé el interior. Las palabras sobre el papel. La tipografía, distintiva a cada texto. Las ilustraciones que encaran cada texto. Ilustraciones de origen propio, seleccionados como reflexión visual del pobre intento semiótico del texto. Sí, fue en 2004. Nada había cambiado. Pero no era lo mismo. No se sentía igual.

Reflexioné sobre los estantes de una librería. Los anaqueles de librería tienen formas específicas de ser. Existe esa tablilla a cierta altura que es la tablilla de novedades o para atraer la atención del consumidor a lo ofrecido. Es la primera tablilla que todo prospecto observa y que tienta al posible lector con las posibles novedades o nostalgias contenidas en el resto del estante. Estos son ocupados normalmente por libros que resaltan el parecer de y que son promovidos por el librero. Claro está, estas repisas son las repisas de lo existente. No son las verdaderas novedades de primicia. De lo acabado de recibir. De lo que está “in”. No, no son necesariamente los “Bestsellers” recomendados por reseñas en los medios o en presentaciones televisivas. Y menos aún son los recién llegados o los libros en descuento. Esos están colocados en las áreas de mayor tráfico. Estas repisas son las repisas del inventario real. De los textos que existen y perduran. Que han sobrevivido las modas y las novedades, que han sobrevivido la farandulería. No necesariamente porque sean buenos o malos, si no que son los perennes encuentros con toda generación de lectores. Son de hecho los textos para verdaderos lectores, esa audiencia que no se ciega por lo novedoso, que aventura en el profundo y desconcertante mundo de la palabra.

Y me pregunté: ¿Habrán vendido alguna copia? ¿Pensarán que es importante y vale resaltar el texto colocándolo en la tablilla de más importante del mueble? ¿Llamará la atención de algún lector? ¿O es que no los venden y los muestran para ver si alguien cae en la trampa?

Coloqué el ejemplar de vuelta con sus hermanos, cada uno un clon del otro. Cada uno su propio ente. Iguales defendiendo la integridad de su ser ante otros. Compitiendo por ser queridos, leídos, consumidos por un o una lector o lectora. Por alguien que los acaricie con las manos, que los manipule con las yemas de los dedos, que suavice y desdoble sus hojas, sus ocurrencias, su sueño de pertenecer. Ser de alguien que los quiera y los ame. Que los tire y los utilice como pisa papeles, como mantel para su trago.

Recordé que este no era el libro. Que tomé decisiones editoriales contra mi propia intención y deseo. Que si volviera a tener la oportunidad no cometería tal ultraje a la propuesta. Y me pregunté si este es realmente mi libro. Se publicó, sí, bajo mi nombre y todo. Pero ¿es realmente mi libro? ¿No es mi libro la propuesta original? ¿No dejó de ser mi libro el día que sucumbí a la opinión de un editor?

En parte no importaba. Ya estaba hecho. Ya existía, aunque no en su estado real. Era una realidad, un simulacro de la intención. Del pensamiento. El crimen estaba cometido. Y el cuerpo estaba disponible para quien lo quisiera poseer. Así me alejé a examinar otros libros, otros cuerpos que pretendían ser escudriñados y deleitados por venturosos investigadores de crímenes. Me alejaba con un cuerpo, registro de otro crimen, resignado a releer mi libro en otro momento y volverlo a su estado original. Vindicación del autor, o del ser, porque el autor es sólo un vehículo del ser.

Escribir es especular. Contrario a lo que muchos declaran sobre sus obras, o las obras de otros, el texto no revela nada sobre el autor. El texto sufre demasiado entre el proceso originario, creativo, hasta que llega a ser comodificado, en masa, como otro libro más entre tantos libros que pretenden ser el libro del momento. No hay en él una gran revelación. Tampoco un gran mensaje. Y menos aun una gran enseñanza. Es un mero libro, y no dice más de lo que dice.

Cuando escribí los relatos del libro, al igual que otros relatos y otros textos (i.e. ensayos, poemas, críticas) no escribí sobre lo que conocía. Eso es muy fácil. Mis textos realmente no describen una realidad. No pretenden ser una realidad de mi ser oculto (y si lo fuese no lo confirmaría). No, los textos son más sencillos aun. Son propuestas imaginadas, preguntas sobre el desconocido. Son meras especulaciones. No creo que eso les quite valor. Creo que son más importantes por ser pura ficción. Precisamente por no ser las meras veladas confesiones de una vida torturada por la ofuscante muchedumbre de la realidad. Son situaciones que pueden tanto ser como no ser. No hay necesidad en su existencia. Sólo existen. Claro, existen porque les di forma. Pero esas formas son en sí apropiaciones del ente originador. Como tal, son entes en sí, sin revelar excepto lo que el lector encuentra.

Pero es muy pretencioso de mi parte pretender que mis textos sean tan reales. En verdad es el poco placer que me doy al ver un ejemplar de mi libro en el estante de una librería. Es la posibilidad de ser descubierto (el libro, no yo), y el potencial de ser encontrado entre tantas otras ofertas consumidas por las masas intelectoides. Seamos realistas. Nadie compra el libro. Y el libro no es la gran obra de año. Si no es por los ejemplares que he obsequiado, y los dos o tres comensales literarios que fueros coaccionados a adquirir el texto, probablemente no sería leído, punto. Pero existe, igual que existe la oferta intelectual en la Web. Pero tampoco será leído, al

igual que este ensayo reflexivo sobre ser escritor probablemente no será leído. Y está bien.

Porque no todo tiene que ser leído, no?

Ahora, si encontrara una editorial que publicara mi libro de poesía...

© 2006 escarabajo escriba